

## CAPÍTULO PRIMERO

# LOS BENI-ISRAEL EN ESTADO NÓMADA HASTA SU ESTABLECIMIENTO EN EL PAÍS DE CANAÁN

### *Llegada de los semitas a Siria. Los cananeos*

El paso de la animalidad a la humanidad no se ha verificado en un solo punto del globo, ni por un solo esfuerzo espontáneo. En varios aspectos bien sea a la vez o sucesivamente, la conciencia humana se desprendió, se elevó, se depuró, concibió la idea de justicia y afirmó el derecho y el deber. El lenguaje vino a precisar y fijar estas conquistas. La capitalización de los resultados y la solidaridad de las generaciones, condiciones esenciales del progreso, quedaron aseguradas.

El lenguaje y la moralidad no fueron resultado de una creación única. Las lenguas se formaron separadamente en núcleos diversos. Constituyeron familias irreductibles, unas a otras, tipos que formados ya, anduvieron juntos siglos enteros, sin modificarse de modo perceptible.

Prodújose entonces un elemento de agrupación y de separación más capital que la raza. Debemos observar, en efecto, que la aparición de lo que puede llamarse las diferentes especies humanas, por una parte, y la aparición por otra de diversas familias de lenguas, fueron hechos separados por siglos numerosos, de tal modo que no coinciden la división de las especies humanas y la división en familias de lenguas. En cada centro de creación lingüística, había ya reunidos individuos de especies muy diferentes. Pudo ocurrir, también, más de una vez, que familias con estrecho parentesco desde el punto de vista fisiológico, pero separadas ya unas de otras, se creasen su lenguaje sobre tipos muy distintos.

Las lenguas significan de este modo no divisiones etnográficas de la humanidad, sino hechos constitucionales extremadamente antiguos y de incalculable alcance, porque como la lengua era para una raza la forma misma del pensamiento, el uso del mismo idioma, continuando durante siglos y siglos llega a ser para la familia que en él se encierra, un molde, una especie de corsé, más estrecho que la religión, la legislación y las costumbres. La raza es poca cosa sin las instituciones. Estas son como los aros de tonel que determinan la capacidad interior de un recipiente duradero. La más vivaz de todas las instituciones es el lenguaje.

Pero esto fue sustituyendo el idioma a la raza en las divisiones de la humanidad por grupos, o, mejor dicho, cambió de sentido de palabra «raza». El lenguaje, la religión, las leyes y las costumbres formaron la raza más que la sangre. La misma sangre, por las cualidades hereditarias que transmite perpetúa instituciones y hábitos de educación, mucho más que un genio inherente a los gérmenes de la vida.

Debemos imaginar que la primitiva humanidad era muy mala. Lo que caracterizó al hombre durante largos siglos fue la astucia, el refinamiento en la malicia, y también su lubricidad de mico que, sin distinción de épocas, le tenía todo el año en celo. Pero entre aquella muchedumbre de sátiros desvergonzados, había grupos que llevaban dentro de sí mejores gérmenes. Pronto acompañó algo de ensueño al amor. Fue formándose poco a poco un principio de autoridad. La necesidad del orden creó la jerarquía. La impostura se opuso a la fuerza. Surgieron entonces sacerdocios para explotar los terrores supersticiosos. Ciertos hombres convencieron a los demás de que ellos eran mediadores necesarios entre éstos y la Divinidad. Todo esto creó sociedades, análogas a las actuales de los negros del Dahomey, bastante fuertes, complicadas, tiránicas, supersticiosas, sin moralidad y pródigas de sangre. La familia apenas existía. El niño, en aquella edad remota, no conocía más que a su madre. Las mujeres eran bienes comunes de la tribu.

Según progresos realizados durante siglos, en el seno de familias relativamente bien acomodadas, sacaron de estos grupos primitivos, no la libertad y la moralidad, sino Estados reglamentados, donde se pudieron hacer notables adquisiciones. Así, a seis o siete mil años de distancia del tiempo presente, distinguimos ya tres o cuatro civilizaciones, o mejor dicho, tres o cuatro grandes colmenas humanas, con lenguaje, modo de vida, reglas y ritos establecidos. Ello se parecía mucho a las repúblicas de las abejas y de las hormigas. Los aluviones de los grandes ríos parecen haber sido muy favorables a este primer tipo de civilización, cuyo modelo ha conservado hasta nuestros días la China, niño viejo y arrugado. El río Amarillo, en el extremo Oriental de Asia, el Ganges al Sur del Himalaya, el Tigris y el Éufrates en el Asia interior y el Nilo en África vieron el desarrollo de sociedades perfectas desde el punto de vista del mecanismo general, pero que carecían de la libertad y del genio individuales.

Eran rebaños humanos, gobernados por un rey hijo del Cielo, en cuyo seno se buscaría inútilmente el principio que ha formado a la ciudad griega, la iglesia judía, la liga germánica, el feudalismo, la caballería, la monarquía constitucional y la república racionalista.

En estas sociedades guardan el orden administrativo mandarines, jefes de servicio y una policía organizada. No hay un gran político, ni un gran orador, ni un gran ciudadano. Tan libres estaban de revoluciones y protestas contra el orden establecido, como lo está un hormiguero. No hay que olvidar, sin embargo, que aquellas sociedades viejas fueron las que pusieron los cimientos del edificio humano, y realizaron casi todos los inventos materiales. Caldea y Egipto, particularmente, dieron a los

griegos y hebreos no su genio, pues no lo tenían, sino elementos esenciales de su obra excepcional. Les inocularon multitud de ideas, que ellos hicieron fecundas y provechosas para la humanidad.

Unos dos mil años antes de Jesucristo, vemos aparecer en la Historia un elemento nuevo. Los arios y los semitas se presentan en el mundo. Lejos de civilizarse, desde luego, formando grandes agrupaciones, empezaron estas razas, al parecer, por la idea del individuo que defiende su derecho contra cuanto le rodea. Su principio fue la familia. Como todo lo grande, la familia se fundó por medios atroces. Millones de mujeres apedreadas por adúlteras han acentuado la fidelidad conyugal. Los celos, sin partir de un principio muy elevado, fueron una condición esencial del progreso. El varón conservó a su hembra. Armado de un garrote y ayudado por su perro, el sátiro honrado acechaba, delante de la pequeña fortificación que había construido. Si sentía sospechas, mataba a pedradas a la mujer adúltera. Aquellos grupos, relativamente nobles, se apretaron unos contra otros y formaron campamentos bastante fuertes para aislarse de la inmensa noche anárquica que los rodeaba.

De esta suerte surgió del salvajismo lo que puede llamarse la moralidad bárbara, que entreveros en la remota antigüedad en dos tipos: el ario y el semita. La civilización material, cuando aparecieron ambos tipos de honradez relativa podía parecer ya vieja, pero una moralidad relativa nacía con ellos.

Caldea tenía instituciones raras que, en ciertos aspectos, habían de favorecer el despertar del espíritu humano. Egipto llegó a todo su desarrollo, y en su madurez veía alborear ya su decadencia. La China era, a la vez, joven y decrepita, y se veía tan bien administrada como lo fue en sus mejores tiempos.

Los recién llegados, en cambio, eran ásperos, inferiores a los egipcios y a la antigua Babilonia antesemítica, para la práctica material de la vida; pero llevaban el fuego interior, la poesía, la pasión, la melancolía, la necesidad de otra vida, el secreto del porvenir. La familia, que implicaba el pudor de la mujer, tenía para los arios la fuerza de un lazo de hierro. La tribu entre los semitas era una escuela de altivez, de respeto, de abnegación recíproca.

En este fondo común resaltaban diferencias morales e intelectuales muy hondas. La monogamia estricta fue la ley aria primitiva. La mujer contribuyó bastante, al principio, a los deberes de la familia, lo cual la hizo firme y viril. El niño fue educado a la vez por el padre y por la madre. Entre los semitas, el espíritu de raza no era menos enérgico, pero la monogamia no era estricta. El hombre respetable podía tener varias mujeres a un tiempo. En punto a religión no era menor el contraste. La primitiva del ario fue un politeísmo desenfrenado. Desde los tiempos más remotos, el patriarca semita tuvo tendencia secreta hacia el mono-teísmo, o a lo menos hacía un culto sencillo y relativamente razonable.

Los idiomas eran los que presentaban mayor oposición. Las lenguas de arios y semitas eran esencialmente diversas, aunque tuvieran cierto parentesco. La lengua aria poseía una gran superioridad, sobre todo, en

lo que se refiere a la conjugación del verbo. Este maravilloso instrumento, creado por el instinto de los hombres primitivos, contenía en germen toda la metafísica que luego habían de desarrollar el genio indostánico, el genio griego y el genio alemán. En cambio la lengua semítica tomó, desde luego, en cuanto concierne al verbo, un partido defectuoso. El mayor error cometido por aquella raza (porque resultó el más irreparable) fue adoptar un mecanismo tan mezquino para tratar el verbo, que la expresión de modos y tiempos ha sido siempre imperfecta y molesta. Hoy mismo lucha en vano el árabe contra la falta lingüística cometida por sus antepasados hace diez o quince mil años.

La raza aria, unos dos mil años antes de Jesucristo, tenía su centro en el Aria antigua, hoy Afghanistan, y desde allí ha proyectado hacia el Este y el Norte las ramas que se convirtieron en celtas, escitas -germanos y eslavos- y pelasgos -griegos e italias-. En el mismo tiempo, el centro de la raza semítica, parecía ser Arabia, menos seca entonces que hoy. De Arabia parece que partió la conquista que hizo de Babilonia, hasta entonces turania, cuschita o cefénica, una tierra semítica. Los arameos debieron de seguir la misma vía. Finalmente: según tradiciones antiguas, de Arabia debieron de venir hacia la cuenca del Mediterráneo los pueblos que se llamaban a sí mismos Kenaani y fueron llamados Fenicios por los griegos. Aquellos pueblos se extendieron a lo largo del mar, desde la isilla de Ruad hasta Jaffa. Hablaban un idioma análogo a lo que llamamos hebreo. No parece que fueran nunca nómadas. Entraron pronto en las vías del comercio y de la navegación y fundaron las poderosas ciudades comerciales e industriales de Sidón, Aradus y la más hierática de sus ciudades: Gebal (Biblos). Aunque no formaron nunca verdadero imperio continental, hubo tribus cananeas en el interior, y poblaron toda la Palestina, sobre todo al Oeste del Jordán.

Siria se convirtió también en país semítico. Las listas de nombres de ciudades sirias enlazadas con conquistas de Thutmosis y Ramsés están llenas de nombres semíticos. Los khetas, mencionados a menudo en los anales egipcios como pueblo enemigo, debieron de ser los hittim cananeos, cuyo centro estaba en Hebrón, pero cuyo nombre parece haber designado el conjunto de pueblos cananeos y hasta Siria. El nombre de rotenu, que daban los egipcios a los pobladores de Siria, es probablemente el nombre de Lotu o Lot, aplicado a las cercanías del Mar Muerto. Las razas primitivas de Emim Zomzommim y Enakim estaban reducidas a estos insignificantes. Egipto ejercía sobre el país una especie de soberanía. Pero, fuera de las ricas ciudades fenicias, tal soberanía era nominal. Se limitaba a expediciones renovadas de reinado en reinado, y con victorias fáciles. El poco arte que había en el país tenía pronunciado carácter egipcio.